

Marceau, Premio Goncourt; Olivier Lacamp, Premio Renaudot

PARIS.—En la tercera vuelta de la votación, el Jurado del Goncourt otorgó su Premio a Felicien Marceau. Este no tenía necesidad del Goncourt para hacerse célebre. Desde hace muchos años los teatros de Boulevard se disputan sus obras ligeras, entre las que destacan «L'oeuf» («El huevo») y «Le bon soupe» («La buena sopa»).

«Creazy», la obra elegida por el Goncourt, es la historia de un amor entre un diputado y una «covergirl». «Una novela tan moderna —dijo uno de los miembros del Jurado, Philippe Heriart—, que casi deja atrás a toda la nueva novela».

Felicien Marceau —seudónimo de Luis Carlette— nació en 1913 en Cortenberg, Bélgica. Estudió en colegios religiosos primero y luego en la Universidad de Lovaina. Allí se hizo abogado. Durante la guerra, su actuación es discutida, por colaborar en emisiones de radio durante la ocupación.

La justicia belga le condena a quince años de trabajos forzados. Se refugia en París, donde colabora en emisiones de radio y se dedica a la crítica teatral. Toda esta fase de su vida la relata en «Los años cortos».

El personaje principal de «Creazy» es una maniquí, es decir, una «criatura de sueño», más real en imagen que en carne y hueso. Esta fascinación del «affiche», de este producto de la sociedad de consumo, lleva a un diputado casado y padre de familia a enamorarse de Creazy, la joven que ve salir en todas las paredes de Europa. Este amor es el centro de la novela, en la que el erotismo sustituye a las confidencias y en la que la vida moderna, con sus locas pulsaciones y sus exigencias mecánicas, barre toda posibilidad de intimidad.

Pero, a pesar del aspecto ficticio de su existencia, Creazy aspira a la seguridad y al amor. El diputado no podrá e no querrá comprender esto, por cobardía. Creazy se verá obligada a buscar un refugio efímero con un compañero de tránsito, un joven cantante de largos cabellos. Al saberlo, el diputado arroja a la joven por la ventana de su estudio.

El laureado del Premio Renaudot 1969 es un periodista, Max Olivier Lacamp, muy conocido por

sus reportajes sobre las luchas revolucionarias en Indochina, Argelia y América del Sur. Trabajó en la agencia Franco-Presso y en el diario «Le Figaro».

Probablemente esta participación en las diversas insurrecciones de nuestro tiempo —así como sus orígenes de la región de La Cevenne— le haya inspirado la novela «Les feux de la colère» («Los fuegos de la cólera»). En ella revive la acción de los «camisards», es decir, los campesinos protestantes de La Cevenne que se rebelaron contra el Edicto de Nantes bajo el reinado de Luis XIV.

En realidad, Max Olivier Lacamp ha querido establecer un paralelo con ciertas situaciones actuales: las guerrillas de América Latina, la guerra de Vietnam...

Habla Marceau

—¿Qué significa para usted el Premio Goncourt?, ¿una consagración?

—Significa lo que quiera ver cada uno... Yo veo, en primer lugar, una aprobación de mi libro por escritores que respeto. Veo la ampliación de mis lectores...

—«Creazy» había obtenido ya cierto éxito entre el público, ¿no es cierto?...

—Sí. Era un libro que se vendía bien, como se dice...

—Creo que ha habido ciertas reticencias entre el jurado, que no considera la historia muy moral...

—Nunca oí hablar de eso... ¿Por qué ciertas reticencias?...

—Pues parece ser que ese amor entre un diputado y una maniquí había chocado a alguno de ellos...

—Pues no. No veo en qué una historia de amor, de amor profundo, sincero y apasionado, incluso si es trágico y furioso, podría chocar.

—Todos vemos en su novela la imposibilidad de comunicar en el mundo moderno. ¿Lo cree usted así también?

—Sí. Está personificado aquí entre una joven que se considera, «a priori», como un ser sin alma y un diputado en busca de pasiones. En realidad, la que tiene alma

es ella... Creo que su drama consiste en no poder comunicar. Si lo hacen, pero nunca en el mismo



Marceau

momento. Prácticamente, el amante, en mi libro, está siempre con retraso...

Habla Olivier Lacamp

—Hablemos de la actualidad de su libro, del paralelismo que existe entre la rebelión de los protestantes de La Cevenne y los conflictos de este momento.

—Quizá sea involuntario. Pero es indudable que, teniendo la experiencia que tengo de las luchas de liberación de países africanos, asiáticos y de América Latina, no puedo considerar la guerra de los «camisards» como un asunto puramente religioso. Fue un problema más bien político que espiritual. Y esto, evidentemente, lo encontramos hoy en Irlanda del Norte, por ejemplo, donde se está desarrollando una de esas llamadas «guerras de religión» producidas por otros motivos.

—¿Y por qué eligió la forma novelística para decir esto?

—Le diría que es casi una solución de facilidad. Hace muchos años leí en un cuento de Kipling, titulado «Metter al fact», la historia de un periodista que, para hacer más verídica una historia real, recurre a la ficción, pues nadie podía creer la verdad si la contase tal y como es. Mi experiencia de periodista y de reportero por todo el mundo me ha enseñado que con la ficción se puede expresar mejor la verdad. No la verdad inmediata, sino la verdad profunda. Por eso escribí una novela. ■ RAMON LUIS CHAO.

La muerte de Aldecoa



NOS figuramos que los muchos críticos con ambición clasificadora que se mueven entre nosotros estarán desplegando todo su afán para situar al escritor Ignacio Aldecoa, que, a los cuarenta y cuatro años (Vitoria, 1923), acaba de morir en Madrid, víctima de una angina de pecho. El nunca se sumó —ni nadie pudo sumarle nunca— a un grupo concreto, a una «generación», a una empresa colectiva... Aldecoa no era hombre de pelotón como la mayoría de nuestros poetas y novelistas, que tan abiertamente desmenten la condición individualista del español. Creemos que nadie se atreverá a incluirlo, ahora que desgraciadamente ha quedado

clausurada su carrera, en la llamada abusivamente «generación del SEU» ni en la «escuela de Madrid», tan sedicentemente realista, ni en la novela testimonio —concepto de gran circulación por los primeros años cincuenta— ni en ningún otro equipo. Aldecoa caminaba solo. Y aunque fue amigo de todos los que decidieron jugar en conjunto —por ser éste quizá el mejor modo de defenderse en una sociedad más bien ciega, por las razones que sean, para la letra impresa—, de Talamás y de Castilla, de Arroita y de Quinto —los de «La Hora» y «Alcalá»—, de Ferlosio y de Pavon, de Fernández Santos y creo que también de los más recientes, de Hortelano y de Ferrer, por ejemplo (y jugaron así, bien voluntariamente, bien porque otros gratuitamente los agruparon, pensamos sobre todo en el independiente Ferlosio), Aldecoa hizo solitario su trayecto. Lo recorrió con parsimonia; sus novelas, sus cuentos, fueron apareciendo sin prisas, entre viaje y viaje, y nada acuclante aceleraba su labor. Podría decirse, como Sartre escribió a la muerte de Camus, que «vivía en medio de una larga vida». Este sosiego es lo que infunde serenidad a su obra, lo que no la doblegó a tendencias pasajeras, debilidad que muchos padecieron y de la que ahora se arrepienten.

Su primer libro —la colección de poemas «Todavía la vida»— se publica en 1947. Dos años después aparece «Libro de las algas», obra que pertenece al mismo género y que, al menos editorialmente, marca su despedida de la poesía. En pocos años se afianzará como novelista de gran aliento, dueño de un lenguaje propio, sin parentescos con escuelas y tendencias, insistentísimo, sobrio y seguro. Fueron apareciendo «El fulgor y la sangre» (en 1954), «Con el viento solano» y «Gran Sol»; esta última, seguramente, la mejor de sus novelas. Aldecoa se había embarcado con los pescadores del Norte y había compartido, en el «Gran Sol», la dureza y las amarguras de su vida. Luego había descrito su experiencia con fidelidad, contentadamente, en un tono discreto carente de excesos y adecuado a su propósito: dar a los lectores una imagen de los hombres de «la mar» y de su afanosa y arriesgada existencia. Por este libro le concedieron el Premio de la Crítica —el menos ligado a ambiciones o intereses, es decir, el que más le iba—. «Gran Sol» alcanzó una extensa difusión y señaló la considerable estatura del novelista Aldecoa, aunque en nuestra opinión su maestría literaria se reveló principalmente en la novela corta y en el cuento, géneros que frecuentó a lo largo de su carrera. Ejemplos de este dominio fueron «Vísperas del silencio», «El corazón y otros frutos amargos», «Espera de tercera clase», «Los pájaros de Baden Baden», «Caballo de Pica» y otros, constituyendo una buena cifra de su labor la antología «Santa Olaya de Acero y otras historias».

No resulta exagerado afirmar que Aldecoa y otros escritores de su edad tuvieron que levantar, sin apenas clientes —Baroja ya quedaba muy lejos—, la nueva novela española. Aldecoa contribuyó a esta tarea constructiva con el programa más honesto e inteligente: se acercó al pueblo, al pueblo real de los pequeños sufrimientos y las humildes ocupaciones, para narrar con calma, en un estilo fabricado sosesadamente, austero y cuidado, sufrimientos y satisfacciones, la aventura que es cada olvidada vida... De geografía a geografía, del mar difícil a la dureza de nuestros campos, Aldecoa fue aprendiendo la agria verdad que los horizontes urbanos ocultan. Toda su obra narrativa se nutre de esta realidad, sin traicionarla ni adaptarla a otras perspectivas que las abiertas por el propio novelista en su solitario caminar.

La prematura muerte de Ignacio Aldecoa siega brutalmente, en el umbral de su definitiva madurez profesional, un potencial novelístico que nos permitía esperar muy valiosas aportaciones. Su legado nos proporciona, sin embargo, sobradas razones para concederle un puesto entre los primeros. ■ E. G. R.